

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

El milagro de Fray Justo

Adela Zamudio



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)
Rosario R. Fernández
rose@revistakatharsis.org

ZAMUDIO, ADELA (1854 - 1928)



Poetisa, novelista, dramaturga y pedagoga boliviana, nacida en Cochabamba el 11 de octubre de 1854, y fallecida en su lugar de origen el 2 de junio de 1928. Autora de una variada producción literaria en la que sobresale, por su hondura reflexiva, una veta poética caracterizada por la sencillez en el decir, la habilidad en la versificación y la integridad moral, está considerada como una de las voces más destacadas de la literatura boliviana de todos los tiempos. En reconocimiento a los valores éticos y estéticos de su obra, así como al tesón que puso a la hora de procurarse una formación intelectual que en su época se negaba a las mujeres, el día 11 de octubre de todos los años, en recuerdo de la fecha de su nacimiento, se conmemora en su país natal el "Día de la Mujer Boliviana".

Impulsada desde su temprana juventud por una señalada vocación literaria, con apenas quince años Adela Zamudio se dio a conocer como poetisa por medio de la publicación, en los medios de comunicación locales, del poema titulado "Dos rosas", que apareció firmado por el pseudónimo de "Soledad". A pesar de esta precocidad creativa, aún habrían de transcurrir casi dos decenios desde la difusión de aquel poema inicial hasta la publicación del primer volumen de versos que dio a la imprenta Adela Zamudio, un poemario presentado bajo el título de *Ensayos poéticos* (Buenos Aires; Imprenta y Litografía de Jacobo Pausser, 1887). La

aparición de esta obra prima de la escritora de Cochabamba mereció el elogio unánime de críticos y lectores, lo que contribuyó decisivamente a que su autora cobrara seguridad y confianza en lo referente a los resultados de un voluntarioso proceso de aprendizaje cultural y literario que, hasta el momento, había transcurrido por cauces autodidácticos.

La excelente acogida dispensada a *Ensayos literarios* le valió a Adela Zamudio, al margen de otros honores y distinciones, su designación como "Socia de Honor" del Círculo Literario de La Paz en 1888, circunstancia que por sí misma llevaba aparejado el reconocimiento público de su valía como escritora. Alentada por este creciente prestigio, en 1890 la autora de Cochabamba dio a la imprenta, en la ciudad que le había visto nacer, un juguete dramático titulado *Violeta o La Princesa Azul*, obra compuesta en los escasos ratos libres de que disponía Adela Zamudio en su esforzado empeño por alcanzar una formación académica y un nivel cultural que le permitiesen ejercer la profesión de maestra. Finalmente, en aquel mismo año de 1890 logró ingresar en el magisterio profesional, al ser admitida como maestra en la Escuela San Alberto, de Cochabamba. A partir de entonces, comenzó a desplegar una fecunda actividad pedagógica que, en tan solo un lustro, la condujo hasta la dirección del Liceo de Señoritas, en el que desarrolló a lo largo de toda su vida una valiente y decidida preocupación docente orientada a la eliminación de las trabas y los prejuicios reaccionarios que lastraban el aprendizaje académico y la formación espiritual de las jóvenes bolivianas.

En efecto, en su valerosa defensa del derecho de las mujeres a recibir una esmerada formación, Adela Zamudio reclamó la necesidad de introducir el laicismo en los programas educativos nacionales, al tiempo que se significaba por algunas propuestas tan audaces en su época como la invitación al matrimonio civil y la separación de los poderes de la Iglesia Católica y del Estado. Estas ideas, plasmadas no sólo en las aulas del Liceo de Señoritas, sino también en varios artículos y ensayos pedagógicos que publicó en diferentes medios, la arrastraron hacia algunas sonadas polémicas sostenidas contra los elementos más reaccionarios del conservadurismo religioso y político boliviano, entre los que significó, por su virulento enfrentamiento con Adela Zamudio, el padre Pierini, promotor de un movimiento ultraconservador que, bajo el nombre de "Liga de las señoras católicas", pretendía defender los arcaicos privilegios legales y fiscales de la Iglesia Católica en el sistema educativo del país. En medio de esta agria polémica, la combativa escritora de Cochabamba llegó a estampar textos tan audaces como el que a continuación se transcribe: "*Yo profeso la moral humana, la inmutable, la que aquilata la virtud donde se encuentre, humilde y desconocida, y condena el error sea quien fuere el potentado que ha caído en él*".

En 1914, cuando la aguerrida pedagoga contaba ya sesenta años de edad, ese

vigor impulsivo que había alentado sus ideas liberales mantenía intacta toda su capacidad de enfrentamiento contra los sectores reaccionarios que seguían oponiéndose al desarrollo intelectual y humano de las mujeres. En dicho año, Adela Zamudio dio a la imprenta un polémico artículo en el que, bajo el título de "Temas pedagógicos", hacía patente la repulsa e indignación que le causaba el hecho de que las jóvenes educandas bolivianas, al alcanzar el tercer grado de la Escuela Primaria, se vieran obligadas a suspender su formación académica, pues los programas educativos vigentes no contemplaban la posibilidad de que accedieran a los cursos superiores. Este talante combativo que mantuvo hasta el final de sus días -y que quedó perfectamente reflejado en su creación literaria-, la convirtió en una de las figuras más representativas de la pedagogía boliviana de su época; en homenaje y agradecimiento a sus desvelos, el Liceo de Señoritas que dirigió durante tantos años fue bautizado, tras la desaparición de la escritora de Cochabamba, con el nombre de "Liceo Adela Zamudio".

Al tiempo que desplegaba esta infatigable labor pedagógica, la briosa escritora iba pergeñando una brillante producción literaria que, puesta de relieve a través de algunos cuentos y poemas sueltos publicados en periódicos y revistas, no volvió a pasar por los tórculos de las imprentas hasta 1906, fecha en la que apareció en Cochabamba *El castillo negro*, una breve pieza teatral dirigida al público infantil. En 1913 vio la luz su novela epistolar *Íntimas* (La Paz; Imprenta Velarde, 1913), primera muestra, en formato de libro autónomo, de una capacidad narrativa que Zamudio ya había demostrado con la publicación en diversos medios de comunicación de varios cuentos y novelas cortas. Entre los primeros, recogidos a los quince años de su muerte en una recopilación presentada por Gustavo Adolfo Otero bajo el título de *Cuentos breves* (La Paz; Ed. La Paz, 1943), figuran algunas piezas tan emblemáticas de la narrativa breve boliviana como los relatos alegóricos "La razón y la fuerza" y "El diamante"; los cuentos fantásticos "Vértigo", "La felicidad" y "El desconocido"; o las narraciones costumbristas "Rendón y Rondín", "Violín y guitarra" y "El velo de la Purísima". En líneas generales, los cuentos de Adela Zamudio se inscriben ya en la más pura tradición romántica, ya en la posterior estética realista, pero siempre dentro de una finalidad testimonial que busca reflejar sobre el papel hechos y situaciones de la vida cotidiana, incluso en aquellos relatos más tocados por la vena imaginativa y fantástica que a veces sale a relucir en la prosa de la autora.

Idéntico proceso de rescate editorial experimentaron las *novelle* de Adela Zamudio, recopiladas por Luis Taborga bajo el título genérico de *Novelas cortas* (La Paz; Ed. La Paz, 1943). Entre ellas, cabe recordar las tituladas *La madrastra*, *La fundación* y *Noche de fiesta*. A pesar de que la escritora de Cochabamba se consideraba mejor dotada para el cultivo de la narrativa que para el ejercicio de la creación poética, lo cierto es que su obra en prosa no mereció, en su tiempo, el mismo reconocimiento otorgado a su producción lírica, circunstancia que tal vez

explique por qué Adela Zamudio no siguió adelante en su propósito -anunciado en varias ocasiones- de escribir otra novela extensa.

Respecto a su aplaudida creación poética, es necesario añadir que a la ya lejana aparición de *Ensayos poéticos* se sumó, veintisiete años después, la publicación de *Ráfagas* (París; Librería P. Ollendorff, 1914), un poemario en el que Adela Zamudio recogió sus nuevas composiciones líricas, algunas de ellas (como los celeberrimos poemas "¿Quo Vadis?" y "Nacer hombre") ya publicadas en periódicos y revistas literarias. La salida a la calle de *Ráfagas* confirmó la buena impresión transmitida, mucho tiempo atrás, por su primer volumen de versos, a pesar de que los cauces por los que discurría a la sazón la lírica hispanoamericana, ya plenamente influida por las novedosas aportaciones de Rubén Darío y otros grandes poetas modernistas del momento, no eran los más apropiados para contener, al mismo tiempo, las secuelas románticas presentes en el quehacer poético de Zamudio.

En efecto, la poetisa de Cochabamba se mantuvo fiel en todo momento a una estética romántica que hunde sus raíces en los grandes maestros europeos como Lord Byron, Alphonse de Lamartine, Alfred de Musset, José de Espronceda, José Zorrilla y Gustavo Adolfo Bécquer. En esta línea, su poesía muestra, en el plano formal, una extraordinaria capacidad versificadora que no impide, en el nivel del contenido, el desahogo de la radical rebeldía de que hizo gala Zamudio en sus actuaciones públicas y en el resto de sus escritos literarios y pedagógicos. Así, la vehemente poetisa ejerce, a través de sus versos, un agudo análisis de la realidad circundante, del que luego desprende amargas reflexiones acerca de los prejuicios morales, el conservadurismo de la sociedad, la impostura política, la hipocresía del clero ("*La Roma en que tus mártires supieron / en horribles suplicios perecer, / es hoy lo que los Césares quisieron: / emporio de elegancia y de placer*"), y, en definitiva, de cuantas trabas sociales, culturales y espirituales se oponen al desarrollo libre de la conciencia humana. Sabedora de que el alcance y el valor de su palabra poética, generados desde este franco ejercicio de sinceridad, no habrían de desaparecer después de su muerte, dejó escrito en un epitafio que aún perdura labrado sobre su tumba: "*Vuelo a morar en ignorada estrella / libre ya del suplicio de la vida; / allá os espero; hasta seguir mi huella, / lloradme ausente, pero no perdida*".

A tenor de estos versos, no es de extrañar que la producción poética de Adela Zamudio haya sido considerada por la crítica literaria hispanoamericana como la más plena y perdurable del romanticismo boliviano, enriquecida por un talante sobrio y ascético muy semejante al utilizado por los poetas españoles de la Generación del 98, y singularmente alejado del colorido plástico, la sonoridad musical y la sensualidad metafórica de la corriente modernista que triunfaba cuando la poetisa publicó sus versos. Siempre contra corriente, en su famoso

poema "Nacer hombre" se atrevió a intentar reproducir las celeberrimas redondillas de Sor Juana Inés de la Cruz ("*Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón, / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis*"), el tono irónico manejado, en su dureza implacable, constituye un auténtico manifiesto feminista orientado a denunciar el sometimiento en que vivía la población femenina y a clamar por su derecho a la equiparación civil y política con el hombre. Además de otros famosos poemas de la autora ya citados en este artículo (como "¿Quo Vadis?" y "Mi epitafio"), resulta obligado recordar aquí los títulos de otras espléndidas composiciones como "Tristeza" y, muy especialmente, "Loca de hierro", un extenso poema narrativo en el que Adela Zamudio hizo gala de su enorme capacidad literaria a la hora de crear personajes y combinar algunos registros genéricos tan distintos entre sí como la narración de los hechos y el diálogo dramático. Tanta importancia llegó a cobrar su figura y su obra, que en 1926, dos años antes de su desaparición, el gobierno boliviano convocó un acto solemne en el que la poetisa fue coronada de forma oficial, en reconocimiento a los valores humanos y literarios difundidos por la escritora.

También en 1943, como ocurriera con sus cuentos y novelas breves, apareció una recopilación de la labor lírica de Adela Zamudio, prologada por Gregorio Reynolds en un volumen titulado *Peregrinando* (La Paz; Ed. La Paz, 1943). Cuando estaba a punto de cumplirse el medio siglo transcurrido desde el fallecimiento de la autora de Cochabamba, salió de la imprenta una muestra antológica de su quehacer literario, presentada por Eduardo Ocampo Moscoso bajo el título de *Adela Zamudio. Antología* (Cochabamba; Ed. Canelas, 1977).

(Enciclonet)



EL MILAGRO DE FRAY JUSTO

Fray Justo era un santo. Nadie se atrevió jamás a poner en duda su santidad. Los enemigos de la Religión, que, por sistema desacreditan a sus sacerdotes, no hallaban por más que buscasen, que decir de él a no ser mucho de bueno. Hablaban con desprecio, si así se les antojaba, de la Comunidad entera, pero de él, individualmente, era distinto: – No podían menos que confesar sus virtudes y los muchos favores que le debían los desgraciados.

Un día de gran jubileo, después de decir su misa, se encaminó lentamente a su confesionario, donde le esperaba un montón de penitentes. Apartó la cortinilla y se instaló cómodamente en el reverendo sillón. Sacó en seguida la tabaquera le dio dos golpecitos, sorbió una narigada, se limpió las narices con su gran pañuelo de algodón, y guardando caja y pañuelo, sacó la cabeza fuera del confesionario y dijo con acento reposado:

–Si hay alguna casada, que se acerque la primera.

Tenía la costumbre de preferir a las madres de familia, considerando que no debían abandonar mucho rato su casa.

A esta advertencia, se siguió una conmoción en torno del confesionario. Las que tenían ganada la rejilla, se vieron obligadas a cederla, y sólo después de algunos momentos se restableció la quietud.

Fray Justo, como de costumbre, tocó primero a la derecha: Tan, tan.

La penitente aguardaba con la respiración anhelosa y entrecortada.

–¿Es confesión o reconciliación? preguntó el fraile.

–No, padre, respondió ella conmovida; venia solamente a consultarle...

–Ah, Genoveva ¿no vienes a comulgar?

–No, padre. Estoy en un estado de ánimo muy malo. He tenido desde ayer motivos de amargura tan enormes...

–Razón de más, para buscar la fuente de todo consuelo.

–¡Ay!, padre. Si viera usted cómo tengo el corazón... Sólo quería hablar con usted.

–Bueno, espera un rato. Despacharé a esa porción de beatas que esperan para recibir la comunión, y te escuchare después con calma. Hasta luego.

El fraile se volvió a la izquierda. – Otra vez una respiración anhelosa al otro lado

de la reja.

-¿Confesión o reconciliación?

-Soy yo - Silbó una voz muy reprimida. Y sin más ni más se echó a llorar.

-Ay, padre, mi marido me ha dado otro colerón.

-Paciencia, hija. Cuando me consultaste tu matrimonio, yo te reprobé. Nada bueno se podía esperar de un marido tan joven siendo tú ya madura.

-Pero eso, padre, ya no tiene remedio, entre tanto, yo soy una desgraciada. - Y siguió gimoteando. - Al fin y al cabo, es usted mi director espiritual y nuestro padrino. Si usted no toma parte, cada día será peor.

-Bueno, bueno, ven mañana a las ocho y me contarás lo que ha pasado. Ahora hay muchas que me aguardan para recibir la Santa Comunión. Hasta mañana. Y otra vez a la derecha... Tan, tan.

-¿Es reconciliación?

-Sí, padre.

-No, padre. Me acordé a última hora de un pecado.

-No ha de ser muy grave cuando te olvidaste. ¿A ver?

-Ah, Escolástica. ¿No comulgaste ayer?

La penitente rezó el "Yo Pecador... y luego dijo: "

-Me acuso de haber echado maldiciones.

-¿Hum!... ¿Y fueron de corazón?

-Sí, padre, con toda mi rabia.

-¿Y a quién?

-A una tapa de baúl que se me cayó encima. Fray Justo, en el confesionario, era impasible como una estatua. No sonreía, ni se enojaba por nada.

-Mal hecho, dijo, una cristiana no se impacienta ni siquiera con los objetos inanimados. Confiesa ahora un pecado grave de la vida pasada, para qua haya motivo de absolución.

La penitente obedeció; y fue despachada.

A esto se siguieron diez o más confesiones igualmente breves e igualmente insulsas, hasta que el fraile tocó por décima quinta vez a la derecha.

-¿Es reconciliación?

-Soy yo, que he traído el libro.

-Entrégamelo al punto.

-Está bien padre, pero... ¿que le voy a decir cuando me pregunte si lo he leído?

-¿A quién?

-A él, al que me lo obsequió.

-Le dirás la verdad. Que yo te lo he pedido para quemarlo. Que te he prohibido

la lectura de novelas y que no volverás a aceptar esos regalos.

La penitente, que era una niña, graciosa y coloradita, se puso en pie delante del confesionario y entregó el libro humildemente, retirándose luego.

El padre sacó en seguida la cabeza. No quedaba más que la casada número uno que, comprendiendo que le había llegado la vez, se aproximó.

Estaba más sosegada. Una larga amonestación del sacerdote acabó de tranquilizarla, pero al dar cuenta de lo que le pasaba, volvió a conmoverse.

-Anoche, dijo, con escándalo de toda la vecindad que se apercibió de ello, ha introducido a esa mujer a mi propia casa. ¿Qué debo hacer, seguiré callando? ¿Consentiré semejante ejemplo para mis criadas, para mis hijitos? ¿Qué me toca hacer?

-Obrar con prudencia, dijo el sacerdote. No comprometer el porvenir de tus hijos. Rogar a Dios y esperar...

-¿Pero hasta cuando?

-Hasta cuando Dios quiera, respondió el fraile sin alterarse. Algún día le tocará al corazón y volverá sobre sus pasos.

-Tal vez, murmuró ella. Cuando este viejo y ya no pueda más.

-Hija mía, interrumpió el confesor severamente. Es preciso no rebelarse contra las pruebas que Dios nos manda. ¿Quieres que yo lo busque y lo amoneste?

-Sería contraproducente. Si viera usted cómo se burla de los sacerdotes... Quería también, continuó ella, hacerle otra consulta. Como usted sabe, ha comprometido mi patrimonio y están a punto de rematarnos la casa.

-¿Qué puedo hacer yo en ese asunto?

Buscar a ese señor acreedor nuestro, contarle mi situación y conseguir que nos conceda un plazo.

-Está bien. Iré hoy mismo. Ven mañana a las ocho.

Fray Justo entró en la sacristía y subió la escalera del Claustro.

Entró en su celda, dejó el libro sobre su mesa de noche y se fue al comedor visiblemente preocupado. Cuando volvió a su celda, tomó asiento en su sillón y, alargando la mano, cogió distraídamente la novela, cuyo título consistía en una sola palabra: *Avatar*. Lo que puede la curiosidad hasta en un santo varón; interesado poco a poco en sus lecturas, dio vuelta hoja tras hoja hasta que se quedó dormido.

El esposo de Genoveva era un sujeto adornado de todas las condiciones necesarias para hacerse agradable en sociedad. Era tan ingenioso en la

conversación. Sabía condensar a veces tan oportunamente en una sola frase un profundo sentido; hacía ostentación de modales tan suaves y comedidos con las damas que temía gran partido entre ellas. En el fondo de su trato con éstas dejaba traslucir a veces cierto abandono lleno de gracia y melancolía que le sentaba muy bien.

Verdad es que ya se le notaba algo de calvicie prematura, algo de rubicundez en la tez, pero, cuando bien peinado, afeitado y perfumado se ponía el frac, la corbata blanca y los guantes, seguía siendo una arrogante figura en un salón. El brillo de sus ojos, daba todavía animación a su fisonomía y en las reuniones, aun había una que otra buena moza que, a falta de un soltero que le hiciera la corte, se mostraba sensible a sus lánguidas y expresivas miradas. A parte de unos pocos padres de familia que le miraban con malos ojos acusándolo de dilapidador, y de unas cuantas señoras intolerantes que lo odiaban en secreto por lo que se murmuraba de su conducta privada, todos lo hallaban muy agradable y lo trataban con sumo agasajo. En suma, era, como se dice en castellano viejo: “candil de la calle y obscuridad de su casa”.

Doña Pacífica, la confesada de Fray Justo, aquella esposa ya madura de un esposo demasiado joven, era una prueba viviente de que no siempre dan los nombres idea exacta de los objetos a que han sido aplicados. Doña Pacífica, parecía oriunda del océano del mismo nombre, el cual se pone a veces tan furioso que se precipita sobre un puerto y se lo traga entero. Sólo que los furiosos de doña Pacífica eran más frecuentes que los de aquél.

Su pobre esposo tenía dos debilidades: Temía el escándalo y abrigaba la idea caballeresca de que golpear a una mujer es una acción cobarde. Con esto y con un vozarrón que se oía a una cuadra, tenía la señora lo suficiente para dominar a su marido que andaba flaco como un espárrago. Los amigos de este infeliz, en sus ratos desocupados, se complacían en recordar todos los tormentos de la Inquisición para doña Turbulenta y daban a la víctima consejos a cual más enérgicos, pero todo esto a respetable distancia, que, cuando se hallaban en presencia de ella, contagiados de inexplicable terror, se mostraban muy comedidos.

Dormía Fray Justo profundamente cuando llamaron con suavidad a la puerta de su celda.

—¿Es Genoveva o es la otra? se preguntó, figurándose todavía en el confesionario.

Era un lego, venia a advertirle que había llegado la hora de acudir al coro.

Al despertar, dos órdenes de ideas se confundían en el cerebro del fraile: Las

confidencias de las dos casadas y el argumento de la novela.

Y fue en aquel momento; en aquel tránsito indeciso del sueño a la vigilia, vaga penumbra en que se agita a veces el espíritu con rara lucidez, que el santo varón concibió la idea. Acudió al coro y, durante los rezos, y durante toda la tarde, la idea siguió madurando en su cerebro.

Aquella noche empezaba la novena de San Pascual Bailón y Fray Justo debía presidir la ceremonia. El templo estaba ya repleto de gente cuando se presentó, revestido de capa de oro y acompañado de dos acólitos. Hecha la venia ante el Altar Mayor, se agitaron las campanillas, subió al altar el humo del incienso y, tras algunos momentos de silencio en que arreció el fervor de los circunstantes, empezó la novena. Después de las primeras oraciones, cuando el lego que las hacía rezar, desde el púlpito pronunció las palabras:

-Cada cual aliente la confianza - Fray Justo, inclinándose aun más, alentó la confianza y murmuró fervoroso la siguiente oración:

-Señor mío Jesucristo, en tu Divina presencia abomino los mitos paganos, desprecio las utopías científicas; sólo en Ti creo, concédeme la gracia sobrenatural que te pido, para mayor gloria tuya y provecho de las almas que yo me sé. Así sea. Aquella noche durmió más tranquilo que nunca. A eso del amanecer, llamaron otra vez suavemente la puerta de su celda.

-¿Es el viento o es San Pascual Bailón que me da el aviso? se dijo.

No sé si mis lectores se hallan enterados de que San Pascual Bailón se encarga de dar a sus devotos aviso oportuno del día y la hora en que han de ser llamados a comparecer ante el Tribunal Supremo, a fin de que arreglen su conciencia.

No era ni el viento, ni San Pascual Bailón - si no era una Santa. Traía en las manos una corona de espinas y el fraile la reconoció al momento.

Santa Rita de Casia, abogada de imposibles; modelo de esposas mártires, de pie junto a la cama, murmuró en voz baja, pero muy clara:

-Justo, por tus merecimientos, el Señor te concede permiso para obrar el milagro que le has pedido. Cuando el fraile dormido abrió los ojos, la visión había desaparecido. No era más que un sueño, pero vio en él una revelación divina, obró con toda fe. Después de decir su misa, se encaminó a su confesionario donde le esperaban, una a cada lado, Pacífica y Genoveva.

-Comenzó por dirigir a la primera una de aquellas exhortaciones suyas, capaces

de ablandar el corazón más empedernido, recomendándole prudencia, dulzura y buenas palabras, únicos medios de mantener la paz en el hogar y conseguir la felicidad propia y ajena. Después, advirtiéndole que esperaba, atendió a Genoveva; le dio cuenta de su encargo y pasó a exhortarla...

Cuentan de un cura que sacaba rogativa en movimiento de luna porque, según decía, una causa natural debía cooperar al milagro. Sin conocer tal cuento, Justo, participando tal vez de esa opinión, aconsejó a su hija espiritual un tanto de energía, que no estaba reñida con los procederes de una esposa cristiana, cuando los ruegos y reflexiones han sido agotados inútilmente en la lucha contra un esposo descarriado, y en los esfuerzos para volverlo al buen camino hay más mérito y sacrificio, dijo, que en la ciega sumisión que a veces es cobardía y algo de egoísmo.

En seguida ordenó a las dos mujeres a que se arrodillaran para recibir ambas a un tiempo su bendición. Quería que se fueran a su casa tranquilas, llenas de fe y que, desde aquel día, no tuvieran más motivo de pesar.

Las dos obedecieron y el padre, en secreto, con todo el corazón, pronunció las siguientes misteriosas frases: El alma...

Al entrar en su casa aquella mañana, doña Pacífica se sintió tan Pacífica, tan verdaderamente Pacífica que se desconocía a sí misma. Jamás había experimentado igual estado de ánimo. No regañó a las criadas, ni la armó con sus inquilinos; no se le oyó la voz. Durante el almuerzo sintió en presencia de su marido una gran timidez y un temeroso deseo de agradarle. Hasta se atrevió a ofrecerle los bocados que eran de su preferencia. Después de almorzar, cogió su canastillo de labor y, silenciosa, empezó su trabajo. Lo único que ansiaba era que la dejaran en paz para meditar en los consuelos divinos.

Su consorte, más que nunca aterrado, observaba estos síntomas seguro de que eran el presagio de una tempestad más furiosa que ninguna.

Una de las sirvientas de Genoveva, que había salido a la puerta de calle a esperar el regreso de su ama, al descubrirla corrió a su encuentro y le dijo, con angustia:

-Ay, señora, mucho ha tardado usted, el caballero está furioso. Ya nos ha hecho revolver toda la casa buscando la llave de su ropero; que no la vea entrar.

La señora, asombrada de su propia entereza, se dirigió a su cuarto sin miedo, se quitó los guantes, luego el manto y estaba doblándolo cuando se oyó la voz del marido que gritaba, con voz de trueno:

-¡El almuerzo!

Las criadas se pusieron en movimiento. Los dos esposos se presentaron a un tiempo en el comedor; ella por una puerta y él por otra. Se miraron un instante y tomaron asiento en la mesa, él furibundo; ella impávida y despreciativa.

Con la gorra calada hasta los ojos, para meditar mejor cómo iba a empezar, comenzó él a servirse el primer plato. A la primera cucharada halló la comida sin sal; la buscó en el taller y no la encontró, entonces con un terrible puñetazo en la mesa, gritó a las criadas...

-¡Catalina! ¡Petrona!

Genoveva, pálida, pero serena en apariencia, permanecía en la misma actitud. De repente, conteniendo apenas su furor el marido, se volvió hacia ella y preguntó:

-¿Querrás decirme por qué no están las cosas hoy día en su lugar en esta casa?

-Porque en esta casa todo está fuera de su lugar, comenzando de quien la gobierna, contestó ella.

El hombre, atónito ante la inesperada actitud de su mujer, se puso de pie. Ella de pie también, le desafió con la mirada.

-¿Qué quiere usted decir?

-Quiero decir, respondió, que siendo tú el primero en dar ejemplo de desorden, despilfarro y mal proceder, no tienes derecho para exigir corrección de los demás.

Una ola de furor sacudió los miembros de aquel hombre orgulloso y envanecido, dio un paso hacia ella y, con impulso ciego, sin darse cuenta de lo que hacía, de una bofetada la arrojó lejos...

Ella dio un grito y se llevó la mano a la frente. Se había estrellado contra la cerradura de una puerta. Hubiera caído al suelo, si las criadas no acuden a sostenerla. Cuando apartó la mano, gruesas y precipitadas gotas primero, y luego un chorro de sangre, manchó su cara.

El marido, pálido, trémulo, la miró un instante. Una criada acudió a lavar la herida con una palangana.

-No con esa agua, grito él: con agua hervida. Entonces ella, fuera de sí, le increpó a gritos: -Cobarde, ¿qué te importa? Y, ahogando un gran sollozo, continuó: - ¿Y qué me importa a mí? ¿Qué me importa vivir ultrajada, envilecida? Miserable, por causarte una hora de remordimiento sufriría con gusto mil muertes.

Le faltaron las fuerzas, cayó en una silla y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en su acuerdo, estaba en su cama. El marido había traído un médico; la pusieron en un asiento y procedió la curación. La suegra, silenciosa y conmovida, ayudaba al médico.

Al mismo tiempo que abandonaban las fuerzas a Genoveva, doña Pacífica recobraba sus bríos momentáneamente perdidos. Sabedora del accidente que aquélla había sufrido, se encaminó a visitarla acompañada de su docil consorte.

Cuando entraron en la sala, hallaron allí a varias señoras. Comentaban el estado alarmante de la enferma. Todas sabían lo ocurrido con más o menos exactitud, pero todos fingían creer lo que la suegra de aquélla había contado: Se había herido en una caída muy casual.

Una de aquellas señoras tuvo la malvada ocurrencia de deslizar por lo bajo una pregunta algo indiscreta... ¿Y el marido?

-Está en su cabecera sin moverse - contestó otra.

-Aquí te prendí - pensó doña Pacífica y, exhalando un suspiro, murmuró dolorida.

-Dichosa ella. Cierto que su marido es un poco calavera, como todos, pero al menos cuando está enferma se duele de ella; otras podemos morirnos sin que a nadie le importe.

Cruzáronse entre las circunstancias fugitivas miradas de inteligencia, y sonrisas casi imperceptibles asomaron a algunos labios. El aludido no sabía cómo disimular.

Salió de allí ardiendo en cólera. Acompañó sin decir palabra a la señora hasta su casa que estaba próxima y, cuando ella pisaba el umbral, se largó por la acera hacía la plaza. Ella deteniéndose, le llamó repetidas veces en voz alta, con tal imprudencia que dos o tres vecinas asomaron a sus puertas a ver lo que pasaba; él regresó por evitar escándalo; pero, pálido de rabia, con los puños cerrados llegó a su cuarto, hasta la cabecera de la cama. Ella, que lo seguía, al verle sacar la pistola y desenfundarla, corrió hacía él gritando:

-Bárbaro, ateo. ¿Vas a morir sin confesión?

-Quien va a morir es usted, dijo el mozo con calma satánica, y apuntó.

Ella lanzó un chillido pero él le puso el caño de la pistola en la frente, diciendo:

-Un grito más y le clavo cinco balas en la cabeza.

La pobre señora, escapándosele resoplidos de horror, pero muda, aguantó mientras el bárbaro, pistola en mano, le cantaba a voces la cartilla.

-Se ha imaginado usted que soy un niño; ¿que puede manejarme como a un muñeco? se equivoca usted. Desde hoy, saldré cuando me de la gana y volveré a la hora que quiera. Y no se meta a gobernarme, porque estoy resuelto a todo. ¿Me entiende usted? No me importan ni la cárcel, ni el patíbulo... Ni el demonio.

-Al fin se le subió al pobre la mostaza a las narices, dijo una vecina.

-Aguarda que vayamos a favorecerle, dijo otra. - Ocho días después, la vida, en los dos hogares seguía su curso ordinario... pero no sin cierta modificación muy favorable en los caracteres...

Si hubiese conocido los pormenores de las dos tragedias íntimas, el público, siempre inclinado al racionalismo, hubiera tratado de explicarlos como hechos muy naturales. Se habría dicho, en primer lugar, que el inusitado consejo del confesor, había provocado en Genoveva la actitud temeraria que enloqueció de cólera al marido, y que el esposo de doña Pacífica, estimulado por el ejemplo de la santa esposa, había tomado las riendas del gobierno escarmentando a la suya.

La verdad es que esta última, desde entonces, siempre que iba poniéndose turbulenta, se acordaba de aquel caso de la pistola que había estado a punto de enviarla al otro punto. Por su parte, el esposo de Genoveva, sobre el cual la opinión pública guardó desde entonces de provocar un estallido cuyo recuerdo lo turbaba todavía. Además, cosa extraña, su mujer, exasperada, terrible, empezó a inspirarle una secreta estimación que no sentía ya por ella hacía mucho tiempo. Aquel grito de rebelión la avía elevado a sus ojos.

Entre tanto, todo el mundo se asombraba de los indicios reveladores que demuestran un cambio favorable en la vida íntima de los dos matrimonios.

Nadie sabía que eran los resultados de un milagro de Fray Justo.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA – 1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008